

III. A MODO DE CONCLUSIÓN

Este estudio se enmarca en dos elementos que han significado una importante sacudida en las sociedades occidentales en general y en Europa en particular: la crisis económico-financiera de 2007 y la revolución tecnológica que significa Internet. Dos elementos que, al mismo tiempo, no pueden tratarse de manera aislada, sino que están íntimamente unidos tal y como se recoge en distintos apartados de este trabajo. Sin embargo, el cambio de época que estamos viviendo es mucho más complejo y empieza a forjarse durante la década de los años setenta del siglo pasado. Se produce entonces un punto de inflexión hacia nuevos paradigmas de generación del conocimiento, mucho más compartidos y horizontales que competitivos y jerárquicos, con nuevas formas de regulación del conflicto social, cuestionando tanto el protagonismo como los modos tradicionales de gobierno (*command and control*). Al mismo tiempo, se desarrollan a partir de ese momento distintos vectores de cambio económico y social que van a sentar las bases del nuevo mundo, la nueva época en la que estamos ya plenamente inmersos.

Venimos de un periodo histórico que pareció afianzar definitivamente un sistema de gobierno y de gestión del conflicto social basado en la economía de mercado y la capacidad redistributiva de los poderes públicos. Las formas y los estilos de gobierno de este periodo, que podemos llamar para entendernos como “gobierno tradicional”, se caracterizan por los siguientes elementos:

- **Representatividad.** Se trata de formas de gobierno basadas únicamente en el modelo de democracia liberal-representativo propio de la modernidad. Los gobernantes son elegidos, mediante un sistema de representación, para tomar decisiones y asumir toda la responsabilidad en el proceso de elaboración y ejecución de las políticas públicas. Las elecciones periódicas y competitivas son el principal (y prácticamente único) mecanismo a través del cual el pueblo soberano controla la acción de los gobernantes.
- **Jerarquía. El Estado,** que es el único decisor público, toma y ejecuta sus decisiones con una lógica jerárquica. Esta jerarquía se reproduce tanto a nivel organizacional (internamente el Estado se organiza con dinámicas de carácter vertical) como a nivel relacional (el Estado se relaciona verticalmente con todos los actores, también con la ciudadanía). Cabe destacar, en este sentido, que los principales y casi exclusivos interlocutores del Estado son los llamados agentes sociales —sindicatos y patronales—. Con ellos se pacta el equilibrio entre el modelo económico, que continúa siendo de libre mercado, y el modelo social, basado en unas políticas de carácter redistributivo.
- **Burocracia.** La administración pública se organiza mediante una estructura jerárquica que se caracteriza por una serie de procedimientos explícitos y regularizados, una división de responsabilidades y una especialización del trabajo en la que los técnicos parecen monopolizar los aspectos cognitivos necesarios para la acción social. Se trata de una estructura organizativa rígida y autoritaria en la que las relaciones son impersonales y no hay espacio para el espíritu crítico y la creatividad. Dentro de la estructura organizacional

preestablecida por marcos legales de difícil modificación, unos pocos en correspondencia al cargo que ocupan se autodenominan expertos sobre asuntos que tienen implicaciones en el conjunto social.

- **Especialización competencial.** Tanto la administración como las políticas públicas se estructuran en base a departamentos estancos e inconexos entre sí, sin lógicas de transversalidad administrativa y sin capacidad para diagnosticar problemas complejos y plantear respuestas de carácter integral.
- **Estado-Nación.** Las intervenciones políticas se estructuran en base a un Estado que se identifica con una Nación, esto es una población soberana de la que emerge su legitimidad y un territorio bien definido sobre el cual ejercer sus actuaciones. En este sentido, la población y los límites territoriales se asimilan como los espacios de identificación de problemas y producción de soluciones y son, al mismo tiempo, los espacios sobre los que se basan las competencias de la administración pública.

Las políticas públicas propias del Estado del Bienestar tendieron a configurarse de manera universalista, partiendo del supuesto de que se debía responder a necesidades y demandas de carácter homogéneo. Así, las formas de gobierno tradicional se caracterizaron por producir políticas de carácter redistributivo (basadas en un sistema fiscal progresivo, de matriz también “estado-nación”, pero lo hicieron de manera poco diversificada o personalizada. Por otra parte, el diseño de estas políticas se hizo de manera acumulativa: a cada nueva demanda, a cada nuevo derecho reconocido, le fueron correspondiendo nuevas responsabilidades políticas diferenciadas, nuevos servicios, nuevos programas, etc.

En este contexto, el Estado se muestra como decisor único y ejecutor privilegiado de las políticas públicas. Sin embargo, ello no quiere decir que no hubiese otros actores que influyeran en dichas políticas. El propio Estado de Bienestar es el resultado del acuerdo entre el Estado y los llamados “agentes sociales”. Además, en cada ámbito de política pública existían distintos actores (responsables del problema, beneficiarios finales, beneficiarios indirectos, afectados indirectos) que no jugaban necesariamente un rol pasivo en el proceso, sino que configuraban una red de actores alrededor de una determinada política y que movilizaban sus recursos para influir en la toma de decisiones públicas.

La producción de políticas públicas por parte de las formas de gobierno tradicionales se caracterizó por el hecho de que el Estado (como actor político-administrativo) no sólo se consideraba el único actor de naturaleza pública sino que también era el único responsable de impulsar las políticas. En consecuencia, aunque otros actores de naturaleza privada pudieran condicionar, influir o presionar sobre las actuaciones del Estado; éste actuaba siempre con una lógica de arriba a abajo, imponiendo sus soluciones y responsabilizándose tanto de su ejecución como de su éxito o fracaso. La fuerte intervención pública (redistributiva) propia del Estado del Bienestar sumada a la lógica estatocéntrica que acabamos de describir condujo a un escenario de Estados fuertes, responsables de la gestión de una parte muy importante del Producto Interior Bruto, sustentados por una política fiscal de carga progresiva, con una organización administrativa (burocrática) muy grande y con un gran número de trabajadores públicos.

Los jóvenes, como conglomerado social que ha centrado nuestras reflexiones, eran en ese escenario uno más de los colectivos a los que tenía que atenderse. Un colectivo no especialmente importante desde el punto de vista de las preocupaciones esenciales de los poderes públicos, si exceptuamos su estrecha vinculación con el periodo formativo y, por tanto, con las políticas educativas. Un colectivo además no muy presente en el escenario institucional, ya que no destacaban por su militancia política en los grandes partidos ni por su alta participación electoral, no siendo tampoco un núcleo significativo de la fuerza de trabajo. Su presencia en la política era más bien discontinua, conflictiva y contra-hegemónica, situándose, sus grupos más movilizados, en los extremos del arco ideológico. Desde este punto de vista, la preocupación mayor de los análisis sobre política y juventud se situaban en su falta de participación política institucional y en sus espacios de movilización autónoma. Y de hecho, aún pueden verse como significativas esas consideraciones en las reflexiones que ellos mismos hacen en los grupos de discusión aquí reproducidos.

Coinciden durante el último tercio del siglo XX diversos factores que contribuyen a problematizar las formas tradicionales de gobierno. Por una lado, una rápida transición de una economía productiva a una economía con fuertes componentes financieros, aprovechando el velocísimo cambio tecnológico, las facilidades para la evasión y la elusión fiscal, y la pérdida de centralidad y de estabilidad del trabajo como componente básico de estructuración social. Mientras que por otro lado, a finales de siglo se va constatando un fuerte proceso de individualización y de reestructuración de los espacios de socialización. Todo ello conlleva que las formas de articulación social (familias, lugares de trabajo, organizaciones políticas y sindicales, barrios y comunidades. . .) se debiliten y se vuelvan menos capaces de encauzar y gestionar los conflictos. Durante estos años se pasó de unas trayectorias individuales relativamente previsibles y seguras, a un nuevo escenario en el que las perspectivas y los recorridos vitales de las personas vienen dominados por las incertidumbres y la sensación de riesgo. De una sociedad que podía ser explicada a partir de ejes de desigualdad de carácter material en los que los individuos se podían agrupar en clases sociales e incluso se posibilitaban ciertas trayectorias de movilidad social ascendente, se transitó hacia una sociedad en la que los vínculos de integración social se debilitan y predomina cada vez más la dicotomía entre la inclusión y la exclusión social. Y, por último, se pasó de una sociedad de clases a una sociedad atravesada por múltiples ejes de desigualdad y de diversificación social (género, etnia, edad), generando por tanto una mucha mayor complejidad en el diagnóstico y en la búsqueda de soluciones.

La gran oleada de movilización política y juvenil de finales de los años sesenta propició una fuerte exigencia de reconocimiento de la autonomía individual, junto con un rechazo significativo del encuadramiento autoritario y de clase propios de la sociedad industrial. Los impactos del 68 han ido viéndose años más tarde, tanto en la propia evolución del capitalismo hacia procesos de producción más personalizados, superando la estandarización fordista, como en las alteraciones en las estructuras de encuadramiento social (familia, sindicato, partidos, instituciones. . .), siempre desde lógicas de mayor individualización y exigencia de reconocimiento de la diversidad. Ello es bien visible también en sus comentarios, en su forma de mezclar lo individual y lo colectivo, las pautas de ocio y de consumo con su propia configuración identitaria, faltados como están, muchas veces, de referentes fuertes que los vinculen a una esfera laboral mínimamente estable.

Nos encontramos ahora, a principios del siglo XXI, ante una nueva sociedad mucho más heterogénea, diversificada e individualizada, con unos problemas mucho más complejos. Las políticas universales y homogéneas diseñadas e implementadas únicamente desde el Estado son crecientemente incapaces de dar respuestas a esta nueva realidad. Los cambios sociales y económicos acontecidos globalmente durante las últimas décadas del milenio han configurado una nueva sociedad que requiere de nuevas políticas y nuevas formas de gobierno. Las formas tradicionales de gobierno, pues, tienen un grave problema de funcionalidad frente a este nuevo y cambiante escenario. Y ello ha podido constatararse en los discursos, en las reflexiones de los jóvenes y en las consideraciones de los expertos que hemos incorporado al estudio.

Sin embargo, los problemas de funcionalidad no son los únicos que ponen en duda la viabilidad de dichas formas de gobierno. En paralelo a la incapacidad de los gobiernos para dar respuestas eficaces a los nuevos problemas se manifiesta también una crisis de legitimidad. La gran transformación tecnológica que supone Internet, modifica muchos de los espacios de interacción e intermediación que habían caracterizado la sociedad industrial, y permite procesos insospechados de mundialización y globalización del sistema económico y de los contagios culturales. El Estado del Bienestar acabó reforzando un modelo de “democracia por delegación” en el que la ciudadanía delega en los responsables políticos una provisión tecnocrática de servicios públicos, mientras éstos conciben a los ciudadanos únicamente como clientes de estos servicios, unos clientes que cada cuatro años se convierten en votantes. Esta dinámica ha ido contribuyendo, sin duda, a un creciente alejamiento entre “la política de las instituciones” y la ciudadanía.

Al mismo tiempo que la democracia representativa se ha ido expandiendo y consolidando como sistema de regulación política por todo el mundo, presenta hoy en día claros y preocupantes síntomas de agotamiento. Las democracias occidentales han experimentado en las últimas décadas vaivenes significativos en la participación electoral y un descenso muy notable en las tasas de afiliación en los partidos políticos y los sindicatos. El desinterés, el escepticismo y el distanciamiento de la ciudadanía respecto a la política tradicional (basada en la participación a través de los partidos, las grandes organizaciones corporativas y las elecciones, muy presente en los jóvenes aquí entrevistados) apuntan, desde finales del siglo pasado, hacia un cierto estancamiento del modelo democrático predominante.

En efecto, por mucho que estemos convencidos de que nos encontramos en un nuevo escenario social, económico y político, lo cierto es que hay una gran resistencia en el mantenimiento de las formas tradicionales de hacer política, y si bien tenemos suficientes indicios de que los mecanismos de representación y organización de la vida política e institucional, no funcionan como deberían hacerlo, tampoco están muy claras las alternativas. No nos vale con decir que “lo viejo” se contradice con “lo nuevo”, cuando de hecho los perfiles no son tan claros y cuando tal contraposición más bien simplifica la complejidad real del tema. Por tanto, indefectiblemente, si queremos afrontar con seriedad el análisis de los jóvenes y sus interacciones con la política y sus vínculos con el universo Internet, hemos de aceptar tal complejidad, abordando la persistencia de las formas tradicionales de acción política, la transformación que éstas presentan con el surgimiento de la Red así como nuevas formas de acción y organización que surgen desde la Red con el propósito de resolver problemas colectivos.

En esta investigación no hemos entrado en este tema, ya que no era nuestro primer objetivo. Pero es evidente que sería importante ver los cambios que se puedan estar dando en términos de poder, de relaciones entre poder institucional y sociedad civil, en dinámicas de representatividad, intermediación y organización, y de configuración de espacios de lo público tanto en su versión más estricta y convencional (lo público como institucional), como en su versión más emergente (lo público como colectivo, como común). Las dudas sobre los reales impactos de Internet han ido apareciendo en las críticas al ciberfetichismo, en las cautelas que despierta la sociofobia o en la proliferación de amenazas tecnológicas a espacios de privacidad y autonomía. Al mismo tiempo, son bastante evidentes las nuevas configuraciones de relaciones, de emociones, de subjetividades y de expresividad que se generan en y desde la Red. Y en esas nuevas expresividades los jóvenes ocupan un lugar hegemónico.

Los jóvenes han tenido un notable protagonismo en las manifestaciones más visibles y más recientes de esta erosión de legitimidad y de institucionalidad. El trabajo aquí reproducido y basado en el análisis de documentación escrita y los *inputs* procedentes de los *focus groups* realizados, apuntan, dados los indicios acumulados, a una creciente (pero nueva) politización de los jóvenes españoles. Una mayor e intensa presencia de la política en sus vidas, fruto de un profundo y muy compartido diagnóstico sobre la crisis de legitimidad del sistema institucional, de los grandes y tradicionales partidos políticos y de la esfera mediática más convencional. No se trata de una politización que podamos definir como ideologizada, o como fácilmente encuadrable en los “cajones” de la estructura político-ideológica que nos acompañó a lo largo de los siglos XIX y XX. De los análisis realizados, se desprende que se trataría más bien de lo que denominaríamos como una “politización por necesidad”. Es decir, de la exigencia de respuestas a un conjunto de incertidumbres y de falta de perspectivas que no ven que puedan darse desde unas instituciones cuyos inquilinos se dedican a otros menesteres, más preocupados por su propia posición y por atender a las exigencias del sistema financiero que a las necesidades colectivas.

Entendemos, pues, que los jóvenes muestran una politización vinculada a temas materiales y sustantivos. A temas que les afectan de manera especial a ellos, pero que de hecho conciernen también al conjunto de la sociedad: educación, trabajo, corrupción, falta de canales de intervención y participación. . . Podríamos decir que ven cómo se desmorona un mundo al que dirigían sus esfuerzos, en el que pensaban integrarse y al que ya no llegarán. Y entienden que en ese desmoronamiento, la política institucional, los políticos que ocupan esas instituciones, son más parte del problema que parte de la solución. Es precisamente esta sensación de falta de respuestas del sistema institucional desde donde surge su interés en hacer. Su interés en intervenir, en cambiar las cosas de manera concreta y pragmática.

En las páginas que anteceden a estas reflexiones finales, hemos podido constatar la gran significación simbólica que ha tenido y sigue teniendo el 15-M en el imaginario de los jóvenes. El “No nos representan” y la idea del “99% versus el 1%”, han calado claramente en el discurso político de los jóvenes, sin que ello tenga hasta ahora una manifestación alternativa clara de cómo hacer política. Algunos elementos aparecen: visión más horizontal del activismo político, rechazo a la profesionalidad política o a una intermediación profesionalizada, rechazo a las prebendas que rodean la acción política institucional y visión más rotatoria de los espacios de responsabilidad, exigencia de transparencia en los procesos decisionales. . .

Internet está muy presente en ese escenario. Es una nueva ventana. Un nuevo mundo de información, acción y relación. Es la nueva esfera pública. Una esfera en la que ellos y ellas viven, se emocionan y actúan. Pero cuya utilidad como palanca para cambiar las cosas tampoco la tienen del todo clara. Dudan sobre el impacto real de las movilizaciones en la Red y en la calle. Parecen enfrentados a un muro. Y son conscientes de los límites del “clickeo” y del “megusteo”. Pero, ése es su mundo y en él siguen interactuando. Y de hecho, esta investigación se hace a caballo de la irrupción de lo que algunos llaman el “Internet de las cosas”, es decir la superación de la esfera informativa y comunicativa, o estrictamente productiva, para extenderse en sensores y artilugios de todo tipo que empezarán a poblar y a condicionar (positiva y negativamente) nuestras vidas.

Esperamos tener ocasión de seguir trabajando en las incógnitas que hemos ayudado a construir, y en la profundización de los “hallazgos” o pistas que hayamos podido encontrar en este itinerario apasionante sobre la política y los jóvenes en el interregno social, económico y político que ha contribuido a generar la gran transformación tecnológica de Internet.